



#### LIC. DON JUAN M. ROSAINS

Fué una de las principales figuras de la revolución en su segunda época, y uno de los hombres, que, aunque de buena fe, le causó bastantes males.

Nació en San Juan de los Llanos el 13 de Febrero de 1782, de una familia acaudalada que le dió una brillante educación, á la que supo él corresponder haciendo sus estudios con aprovechamiento y obteniendo el título de abogado en esta capital, en 20 de Abril de 1808. Poco ó nada ejerció su profesión, y más bien se dedicó al cuidado de sus intereses, consistentes en fincas de campo. No ocultó sus simpatías en favor de la Independencia, no obstante que en un principio permaneció sin tomar las armas; pero extendida la revolución por la provincia de Puebla y pronunciado en Tehuacán, donde entonces vivía Rosains, en

Vicario de Tlacotepec, Don José María Sánchez de la Vega, aquél tuvo que irse á vivir á su hacienda de la Rinconada, temeroso de ser perseguido. Sin embargo, la suspicacia de las autoridades había llegado á tal grado que el que no se alistaba en las Compañías de patriotas era tenido como insurgente y perseguido, consiguiéndose con esto que muchas personas que en otras circunstancias hubiesen permanecido neutrales, se decidiesen francamente por la revolución. Así sucedió con el abogado Rosains, que tanto por su propia iniciativa como por las instigaciones del Cura de San Salvador, Don José Rafael Tarelo, se pronunció el 3 de Abril de 1812.

Proponiéndose que sus operaciones no fuesen iguales á las de los guerrilleros que hostilizando á todos impedían el curso rápido de una empresa para la que los ánimos estaban bien preparados, trató de comprometer á aquellos sujetos que por tener intereses pudiesen proceder con más justificación, y mediante sus esfuerzos logró reunir en quince días más de setecientos hombres, desde San Andrés hasta Nopalucan y desde Quechula hasta Tepeyahualco, en la gran llanura de Puebla limitada al Este por las cumbres. Ya otros jefes se habían levantado en la provincia, como Arroyo, Bocardo, Machorro, Suárez, Vicente Gómez, etc., que habían realizado la na-



zaña de apoderarse del convoy que conducía Olazábal, y de impedir que llegasen a Calleja los grandes cañones de sitio que había pedido para batir á Cuautla; también se habían apoderado de Tepeaca. Rosains, no obstante la gente de que disponía, no se creyó en estado de resistir á las tropas de Puebla, y aun hubo un sacerdote que temeroso de lo que sucediera pidió el indulto, consiguiendo únicamente ser aprehendido por Rosains. Pero el rumor de que se había pedido indulto cundió, y los insurgentes capitaneados por Machorro, sin entrar en más averiguaciones, pusieron preso al abogado insurgente á Argiuelles, rico hacendado de Orizaba que también acababa de pronunciarse y que estaba conferenciando con Rosains, y á otras personas. Consiguieron escapar fácilmente y haciendo frente á la gente de Machorro la obligaron á huir, pero no pudieron impedir que la hacienda de Rinconada fuese totalmente saqueada y con dificultad se salvase la familia de Rosains. Esos primeros frutos de su pronunciamiento demostraron á éste la clase de gente con la que en lo de adelante tendría que tratar.

Rosains escapó de una prisión para caer en otra, pues antes de llegar á Chalchicomula, el padre Tarelo se apoderó de él y cargado de grillos lo remitió á Tepeaca á manos de Arroyo, que por poco lo fusiló;

lo tuvo en cautividad largo tiempo, en compañía de Don Antonio Sesma, rico título de Puebla que asimismo se acababa de declarar insurgente, y hasta que no ocurrieron ambos á Morelos no consiguieron verse en libertad, después de haber sufrido numerosas peripecias que á otros menos decididos los habrían curado para siempre de su afán por combatir en la causa de la Independencia.

Para darle las gracias por el favor que había recibido se presentó Rosains en Tehuacán, pero sólo encontró á Matamoros, que lo comisionó para que persiguiese á los ladrones, lo que le dió oportunidad de vengarse del padre Tarelo, al que quitó todo el ganado de la hacienda de Alzayanga; días después Morelos lo nombró Auditor de guerra, y en seguida su Secretario, siendo este nombramiento el principio del favor que el abogado disfrutó cerca del caudillo suriano. Acompañó á Morelos á la campaña de las cumbres y de las Villas y á la toma de Oaxaca, así como al sitio de Acapulco, sin tomar parte en las expediciones militares, ocupado como estaba en arreglar lo necesario para la reunión del Congreso de Chilpancingo, tarea abrumadora que desempeñó cumplidamente en un corto espacio de tiempo.

Inaugurado ese Congreso, Rosains fue nombrado Secretario de él, y por indicacio-



nes de Morelos trató de encauzar las discusiones, pero no consiguió su objeto en medio de aquella reunión de letrados de los que cada uno tenía ideas propias y malas sobre el modo de gobernar una nación y redactó el manifiesto que con el título de "Sentimientos de la Nación" leyó Morelos el día de la instalación. Cuando la expedición á Valladolid, quedó Rosains al lado del Congreso y no tardó en entrar en pugna con algunos de los Diputados, pues tenía un carácter dízcolo y altivo y era poco tratable. Derrotado Morelos frente á aquella ciudad y en Puruarán, se detuvo algunos días en Ajuchitlán, á esperar el resultado de sus gestiones para salvar á Matamoros y entre comunicó al Congreso con fecha primero de Febrero de 1814 que había tenido á bien nombrar su segundo al Lic. Rosains, dándole el grado de Teniente General. Esta medida fué mal recibida por el Congreso y dejó descontentos á todos los militares, que veían ascendido repentinamente sobre todos ellos á un hombre cuya profesión no eran las armas y cuyos conocimientos estratégicos eran muy discutibles; el mismo Rosains, comprendiendo lo mal que su nombramiento había sido recibido, resistió según dijo después, aceptar el empleo, que admitió por fin en Ajuchitlán, y en seguida fué dado á reconocer co-

mo tal segundo y Teniente General por el mismo Morelos á la gente que le seguía.

Desde ese momento Rosains pareció dispuesto á abandonar á Morelos á su suerte, pues en Tlacotepec y por sugerencias de Herrera, diputado enviado expresamente para ello, insinuó al Generalísimo que dejase el poder ejecutivo, con lo que Morelos se manifestó conforme, contestando que si no se le creía útil como General, serviría como simple soldado, y dejó ese poder al Congreso, quedándose él con una pequeña escolta. Entre tanto, el realista Armijo se aproximaba y llegó á la vista de Chichihualco el día 18; entre los insurgentes estaban Galeana y los dos Bravo, Don Nicolás y Don Víctor, con 1,600 hombres mal armados: la opinión general era retirarse al cerro del Limón, pero Galeana se opuso diciendo que allí mismo y estando desnudos sus soldados, había ganado una batalla; Rosains, que tenía el mando superior, no quiso que se le tuviese por cobarde, y dió la acción en que quedaron derrotados los insurgentes y donde quedó demostrado que Galeana ó sus soldados ya no tenían los mismos bríos que antes. Rosains, acompañado de Victoria y de unos cuantos, apenas pudo ponerse en salvo, perseguido vivamente por una partida de caballería realista.

El Teniente General llegó á Ajuchitlán



hasta sin ropa, pues el Dr. Herrera tuvo que habilitarlo de la suya; allí consiguió del Congreso que le diese licencia para pasar á terreno que conocía mejor, como era el Oriente, y obtuvo el nombramiento de Comandante General de Puebla, Veracruz, Oaxaca y Norte de México, con amplias facultades; púsose en ese camino en Febrero y acompañado de Victoria y una escolta y por Sultepec y Tenancingo llegó al Valle de México y hasta las cercanías de Tlalpam, á cuatro leguas de la capital; retrocedió á Amecameca, donde se vió rodeado de peligros por haberse indultado varios de sus soldados, y llegó á Huamantla, donde ya se consideró en seguridad. Quiso allí empezar á ejercer su autoridad, pero se encontró con que Pérez, nombrado Intendente de Puebla, no sólo lo desconoció, sino que ya había circulado órdenes para que no se le auxiliase, calificándolo de desertor de la acción de Tlacotepec, y que Rayón también le negaba la obediencia y lo mandaba comparecer ante sí, faltando muy poco para que fusilase á Fiallo, enviando de Rosains para mostrarle sus nombramientos: ninguno de los dos quiso ceder, á pesar de estar dispuesto el último á entrar en un avenimiento, y quedaron desavenidos para siempre, siendo su desavenencia causa de muchos males para la causa.

Rosains, que era el más débil y que des-

confiaba de todos, dejó la provincia de Puebla á Rayón y pasó á la de Veracruz, pero allí se encontró con la mala voluntad de Rincón; sin embargo, restableció las trincheras de Jamapa y se situó en Huatusco, donde según afirma pretendió apoyar á Rayón, amenazado por Hevíá, pero á su vez fué sorprendido por el realista y teniendo que huir por largo trecho dió diversas comisiones á los numerosos jefes que lo acompañaban. Entre tanto Rayón había perdido, sin disparar un tiro, la provincia de Oaxaca, había sido batido en Zongolica y en Omealca, y no considerándose seguro en Tehuacán ni en parte alguna, se dirigió á Zacatlán (Mayo de 1814), donde creyó reponerse de sus fatigas á la sombra de Osorno, pero ni aun allí pudo permanecer muchos meses, pues fué sorprendido por Aguilera el 25 de Septiembre y puesto en fuga, perdiendo su equipaje, papeles, sombrero y bastón, salvándose él gracias á la velocidad de su caballo: á los tres días y medio estaba en Cópore de Michoacán, sin acordarse de su gobierno de Oaxaca.

Rosains, sin opositor en Veracruz, quiso darse á respetar de todos los insurgentes de la provincia, pero no lo consiguió, por más que castigó al cabecilla José Antonio Martínez, que tenía el dinero del convoy y la pólvora y grana que el primero dejó al salir de Huatusco, y al que hizo dar muer-



te: esta justicia, calificada por algunos de traición, hizo que los jefes de Sotavento lo obedeciesen. Rosains, desistiendo de elevar á Don Juan Pedro Anaya, que no era militar y que luego marchó á los Estados Unidos, nombró Comandante á Don Guadalupe Victoria, que pronto se hizo de simpatías entre los jarochos y que ya no debía salir de la provincia. Rosains quiso regularizar el tránsito del comercio por medio de arreglos que hizo con el Consulado de Veracruz, pero sólo en parte consiguió su objeto. Se dirigió en seguida á Tehuacán con objeto de conferenciar con Rayón, que aún estaba en el rumbo de Puebla, y empezó á fortificar el cerro Colorado, cercano á Tehuacán, pero en el intervalo fué sorprendido á causa de haberse descuidado, por Hevia, en San Hipólito, quitándole hasta su ropa de uso. Esta batalla fué en extremo mortificante para Rosains, y como Rayón sabía que le causaba bochorno que se le hablase de ella, la mencionaba cada vez que quería mortificarlo.

Establecido en Tehuacán no se atrevió Hevia á ir á buscarlo y allí pudo disfrutar de alguna tranquilidad que hubiera sido mayor si Rayón no se hubiese propuesto sacar ventaja de la acción de San Hipólito declarando á Rosains ladrón é intruso y dando orden á Arroyo de que lo matase; ambos caudillos se hicieron una guerra de

libelos tan escandalosa, que el Congreso creyó necesario intervenir y mandó á los Diputados Bustamante y Crespo que oyesen á ambos, dando entre tanto el mando á Arróyave; pero ninguno de los dos quiso obedecer y las cosas permanecieron así hasta que Rayón por la fuerza de las circunstancias volvió á Michoacán. La conducta del segundo de Morelos en Tehuacán fue bastante extraña: procuró expulsar á todos los insurgentes que no eran de la provincia, y con los que eran de ella se puso en mal; persiguió á los ladrones y á los que no lo eran, como Don Carlos María de Bustamante, al que hizo engrillar nada más porque era compañero y amigo de Rayón; fusiló á Arróyave nada más porque tenía orden del Congreso para resumir el mando mientras se zanjaban sus diferencias con aquél, y en fin, se hizo aborrecible por su carácter y por las muchas ejecuciones de insurgentes, realistas y pacíficos, que decretó.

Era materialmente imposible que Rosains pudiera ya sostenerse, mal visto por sus correligionarios y derrotado frecuentemente por las tropas realistas; en vano buscó el concurso de Osorno para atacar el convoy que llevaba Aguila, el insurgente dejó al primero que fuese derrotado en Huamantla (22 de Enero de 1815), y emprendió otras operaciones militares: todas le salían



mal y ya ningún jefe le obedecía: los de Veracruz se reunieron á la sombra de un árbol en Acasónica para levantar una acta en que desconocían su autoridad y proclamaban á Victoria; quiso reducirlos al orden, pero sufrió un desastre en la barranca de Jamapa, el que decidió á los jefes de Puebla á substraerse del todo á su obediencia, y á pensar seriamente en darle muerte. Terán los disuadió de que adoptasen tan radical medida y prometió nulificarlo. Vuelto á Tehuacán acuarteló el ejército y se dió á reconocer como jefe, engrilló á Rosains y lo envió á Victoria, que lo devolvió á Osorno; iba á ser entregado al Congreso cuando consiguió escaparse cerca de Chalco y refugiado en el Curato de Ixtapaluca solicitó su indulto el 10 de Octubre.

Estuvo en México, rindió al Virrey un informe detallado de la revolución y se estableció en Puebla con su familia; ofreció sus servicios á Iturbide, que no los aceptó, y en 1823 la Junta de recompensas le asignó una pensión de cuatro mil pesos al año; en 1824 fué electo Senador por Puebla; escribió la Relación de su historia de insurgente y por ella tuvo una viva discusión, por la prensa, con Terán, en la que éste salió vencedor; fué enemigo del plan de Jalapa (1830), lo que le costó una prisión corta; su mal genio le hizo matar á

un oficial y entrar en una conspiración contra el Gobierno de Bustamante; preso y juzgado fué fusilado en Puebla el 27 de Septiembre de ese año. Por decreto del Congreso de Puebla de 30 de Marzo de 1833 (á la caída de Bustamante), se le erigió un monumento en la plaza de San José, de aquella ciudad, el que aún subsiste; y con fecha 7 de Junio del mismo año el Congreso federal declaró benemérito de la patria al insurgente, Lic Don Juan Nepomuceno Rosains.





### FRAY SERVANDO TERESA DE MIER

---

Pocos sacerdotes de los que de algún modo colaboraron en la obra de nuestra Independencia han adquirido la celebridad que el religioso que va á ser objeto de esta biografía.

Servando Teresa de Mier, Noriega y Guerra, nació en la ciudad de Monterrey el 18 de Octubre bde 1765. Su familia era rica, noble, muy estimada en la provincia y emparentada con las principales de la Nueva España, vanagloriándose por esto Don Servando de que por sus venas corría sangre azteca y sangre goda. Estudió en Monterrey primeras letras y latín y en esta capital continuó sus estudios, vistiendo á los diez y seis años el hábito de novicio en el Convento de Santo Domingo; á los 27 años se graduó de Doctor en Teología en la Universidad de México, habiendo sustentado cin-

co actos públicos de Filosofía y Teología en el Convento de Portacoeli y en poco tiempo adquirió fama como orador sagrado, siendo de notarse que el primer sermón que sirvió de base á esa fama, fué uno pronunciado en las honras del conquistador de México, Fernando Cortés, por el que, andando el tiempo, llegaría á ser un eterno enemigo de los españoles.

El Ayuntamiento de la capital le encargó el sermón que con motivo de la festividad de Nuestra Señora de Guadalupe debía pronunciar ante el Virrey y las autoridades el día 12 de Diciembre de 1794. Fray Servando, queriendo excederse á sí mismo, vió al abogado Borunda y hablando con él oyó todas las estafalarias opiniones que este señor tenía acerca de la antigua historia de México: afirmaba que la aparición era del tiempo de Quezalcoatl y que la Guadalupeana no estaba estampada en la tilma de Juan Diego, sino en la capa de Santo Tomás, apóstol que predicó el Evangelio en estas regiones. Por este estilo eran las opiniones de Borunda, con las que apechugó el dominico para escribir su sermón. La sensación que causó fué inmensa, como se la esperaba, y aun recibió felicitaciones por su pieza oratoria, pero también fué ésta la causa de todas sus desgracias, pues en el mismo púlpito se predicó contra el Doctor Mier, á éste se le negaron las licencias pa-



ra predicar y se le exigió una retractación de los errores en que había incurrido, sin perjuicio de la pena que se le señalase en el proceso que se le seguía.

Fué sentenciado á diez años de destierro en España y de reclusión en un convento, así como á inhabilitación perpetua para entrar en cátedra, púlpito ó confesonario, y á perder el título de Doctor, ganado legítimamente. Esta sentencia, á pesar de ser excesiva, se cumplió: entre filas fué llevado á Veracruz y en espera de buque permaneció dos meses en los calabozos de Ulúa, donde le atacó la fiebre amarilla; aún no estaba convaleciente de ella y ya fué embarcado y llevado á Cádiz (1795), al convento de las Caldas en Santander, donde se le encerró en una inmunda celda. Logró escapar momentáneamente para verse en cautividad más rigurosa, y consiguió haberse oír del Ministro Jovellanos, que lo envió á Cádiz, pero él desobedeció y fué á Madrid, donde á pesar de haber conseguido que la Academia de historia calificase ventajosamente su sermón y que dijese esa Corporación que el edicto por el que se le procesó era un libelo infamatorio, no consiguió que se le hiciera justicia y fué encarcelado nuevamente en Burgos, por no haber querido ir á Salamanca. Huyó de allí con muchos trabajos y consiguió refugiarse en Francia.

Para subsistir se dedicó á traducir obras y consiguió que se le hiciese Vicario en Santo Tomás, de París, pero en 1801 dejó ese puesto por causa del Concordato que excluía á los sacerdotes extranjeros; fué á Roma, donde se secularizó (6 de Julio de 1803), y regresó á España creyéndose ya seguro, pero su mala suerte hizo que se acordasen de que aún no extinguía su condena y se le encarceló en Madrid y Sevilla. Escapó nuevamente, pero fué aprehendido en Cádiz y engrillado. Como era hombre de gran imaginación se fugó una vez más y pasó á Portugal, consiguiendo vivir en libertad y tranquilo durante algunos años; pero su carácter inquieto no le permitía estar mucho tiempo descansado, de manera que cuando estalló la guerra en 1808, se unió al General Laguna, con el carácter de Cura castrense del Batallón de Valencia, é hizo la campaña hasta que cayó prisionero en Belchite; consiguió, no obstante, volver al campo español, y el General Blake, que se enteró de sus aventuras y desgracias, consiguió que se le recomendase por la Regencia para una Canongía en México, (1811).

Ya entonces había empezado aquí la guerra de Independencia, y creyendo el padre Mier que pronto terminaría, se trasladó á Londres en espera de una oportunidad de pasar á América, pero empezaron á



transcurrir los años y la oportunidad no se presentó, por lo que dedicó ese tiempo á escribir la "Historia de la Revolución del Anáhuac," cuyo primer tomo acaso no existe por haber naufragado el buque que traía la edición, y las "Cartas de un Americano." A la llegada de Mina entró en relaciones con él el padre Mier y le facilitó con sus conocimientos en la metrópoli británica el logro de sus planes, que como se sabe, fueron ayudados por el Gobierno inglés, el cual dió el dinero para la expedición; embarcáronse juntos y después de arreglar aquélla llegaron á las playas de Nueva Santander, donde se separaron: Mina para internarse en el país y Mier para permanecer en Soto la Marina. Sitiado el Mayor Sarda en este punto, hizo una brillante defensa contra toda la división de Arredondo cuando aquél sólo tenía treinta y cinco hombres y sólo se rindió mediante capitulación, que, como siempre, fué desaprobada por el Gobierno español y que no fué cumplida.

Empezó para el padre Mier una nueva éra de desventuras; montado en un macho fué enviado á México, y aunque en el camino su cabalgadura lo tiró, haciendo que se rompiera un brazo, ningunas consideraciones le guardó su carcelero, Félix Ceballos; ya en esta capital se le encerró en la Inquisición con tanto secreto, que nadie supo su llegada; en realidad no le formó causa y lo

dejó que escribiese sus Memorias y otros escritos curiosos, según asienta un historiador; en cierta ocasión el inquisidor Tirado le mandó que dijese el Padre Nuestro. "Eso, respondió Mier, se les pregunta á los muchachos, yo soy Doctor en Teología." El restablecimiento de la Constitución de Cádiz hizo que el tribunal de la Inquisición quedase suprimido, pero antes sacó de sus cárceles al preso para entregarlo á la justicia ordinaria, diciendo que era el hombre más perjudicial del Reino y que á pesar de lo que había sufrido "conservaba aún un ánimo inflexible y un espíritu tranquilo y superior á sus desgracias." "Su fuerte y pasión dominante es la Independencia revolucionaria, que desgraciadamente ha inspirado y fomentado en ambas Américas por medio de sus escritos, llenos de ponzoña y veneno," agregaba en otra comunicación. Enviado á Veracruz supo defenderse Mier tan bien ante el Gobernador Dávila, que asustado éste de la responsabilidad que pudiera contraer, manifestó al Virrey que si no se le enviaba pronto la causa del preso lo pondría en libertad. Atemorizadas las autoridades con esta advertencia, se apresuraron á remitir los papeles necesarios y en Diciembre de 1820 nuevamente salió el Doctor para Europa.

Consiguió fugarse en la Habana y se dirigió á los Estados Unidos, donde permaneció á pesar de tener ya noticia de la In-



dependencia de México, hasta que supo su elección para Diputado por Nuevo León al Congreso Constituyente de 1822. Llegó á Veracruz, pero como aún retenían el castillo de Ulías los españoles, cayó en poder de ellos y no quedó en libertad sino meses después, debido á las enérgicas reclamaciones del Congreso. Se presentó á la Cámara el 15 de Julio de ese año y su presentación atrajo una concurrencia extraordinaria; atacó al Emperador y fué encarcelado al ser disuelto el Congreso, por algunos meses; también formó parte del Congreso de 1823 y el Presidente General Victoria le asignó una pensión y lo alojó en Palacio.

Los últimos días de su vida fueron tranquilos y la muerte lo sorprendió el 3 de Diciembre de 1827, á los 62 años de edad. Sus funerales fueron costeados por la Nación y el Vicepresidente Bravo los presidió. Su cadáver fué inhumado en Santo Domingo, donde permaneció hasta 1856, en que por haberse convertido en momia fué llevado al osario; pero en 1861 se le sacó de allí y se llevó en compañía de otras tres momias á Buenos Aires, según afirma el señor Payno; hay quien contradiga esta versión diciendo que la momia del Dr. Mier la cambiaron los dominicos por de un lego. Sea lo que fuere, se ignora, el paradero actual de los restos del ilustre mexicano Don Fray Servando Teresa de Mier y Noriega Guerra.



#### DOCTOR DON JOSE ANTONIO MAGOS.

En la comarca de donde era originario aún se conserva vivo el recuerdo de este sacerdote insurgente, cuyos hechos van describiéndose cada día más por la tradición.

Nació en el pueblo de Huichápan, del matrimonio de Don Marcelo Magos y de Doña Josefa García. Estudió en el Seminario Conciliar de México, donde disfrutaba de una beca de gracia, y recibió el grado de Bachiller el 10. de Abril de 1800, el de Licenciado el 13 de Mayo de 1804 y el de Doctor en 3 de Junio del mismo año. Permaneció en la capital y en Octubre de 1810 se decidió á presentarse á Hidalgo, lo que verificó en unión del Cura de Huichápan, pero tuvo que regresar á México antes de que se supiera su conducta, por haberse pacificado instantáneamente la sierra al paso de Calleja rumbo á Aculco.

Pero después de la batalla de las Cruces el centro del país se declaró francamente insurgente y la insurrección brotó por mil



partes; el Dr. Magos se disponía á unirse á los independientes de Huichápan, pero fué aprehendido y puesto á disposición de la Inquisición, que lo tuvo preso algunos meses. Apenas se vió libre fué á su pueblo natal, donde levantó una partida que se unió á las de los Villagrán, Anaya y otros. Extendió sus correrías desde Taximaroa y la Sierra Alta hasta la Sierra Gorda y las Huastecas, en un radio de trescientos kilómetros. En Junio de 1813, que Don Julián Villagrán quedó prisionero en Amaxac, también fué aprehendido el Dr. Magos, pero el realista Ordóñez no se atrevió á fusilarlo y después de formarle proceso lo remitió á México á disposición del Virrey.

Consiguió, no obstante, quedar en libertad, invocando la Constitución de 1812, que acababa de implantarse, y algún tiempo vivió en la capital, pero á la primera oportunidad que encontró volvió á la guerra y sirvió á las órdenes de Licéaga, del Dr. Cos y de Don Rafael Rayón; alejados de la Sierra estos caudillos, se unió á Don Estéban Casas, y después siguió por su cuenta, concurrendo con Mina á la toma de Xichú y al ataque de San Miguel el Grande. La activa persecución que le hizo el Comandante Villaseñor lo obligó á dejar la comarca y á pasar á Michoacán y á Tecpan, donde formó parte de una de tantas Juntas como allí había y recibió de ella los despachos

de Mariscal de campo y Comandante de la Sierra Alta. Con tal carácter desarmó á algunos cabecillas que más que de combatir se ocupaban de ejecutar actos de vandalismo, y en tal virtud quitó las armas á Simón Tovar y otros, pero esa actitud dió por resultado que esos insurgentes se indultasen al verse perseguidos por todos y apresurasen la pacificación de todo el país.

El Dr. Magos quedó casi sólo, por lo que tuvo que indultarse á su vez á mediados de 1818 en Huichápan, donde se le dejó vivir. En Abril de 1821, que el movimiento de Iturbide se extendió por el Bajío, el ex-insurgente no teniendo tropa que llevarle á aquel jefe sedujo la de Ramírez, Sesma, Marqués de Selva Nevada, y con ella se le presentó en Tula. Incorporado á la división de Bustamante, permaneció en ella hasta el 27 de Septiembre, que entró á México á la cabeza de su pequeña Brigada con todo el ejército trigarante. Volvió á dedicarse á su ministerio y se ayudaba con una mensualidad de cuarenta pesos que le asignó la Junta de recompensas. En 9 de Agosto de 1831 ingresó como Prebendado al Coro de Catedral, y el 7 de Enero siguiente quedó ya como Canónigo, cuyo carácter conservó hasta su muerte acaecida en esta capital el 23 de Diciembre de 1844. En esa época no quedaban ya en él ni vestigios del antiguo insurgente.